

# G-20 en la era del cólera económico

Eugenio Anguiano Roch

Cuando esta nota aparezca publicada, ya se conocerá el comunicado conjunto de la segunda reunión cumbre de la breve historia del llamado Grupo de los 20 (G-20), conformado por las siete economías capitalistas más avanzadas del orbe, y Rusia en su calidad de potencia política y militar, más 14 economías emergentes entre las que están China e India, países latinoamericanos como Brasil, México y Argentina (por orden de magnitud de sus economías), Arabia Saudita, Corea del Sur, Indonesia, Sudáfrica y Turquía.

Esa reunión, en la que Barack Obama debuta como presidente de EU en cónclaves multilaterales, junto con otros jefes de gobierno o de Estado, incluido el de México, Felipe Calderón, se efectúa en medio de la peor crisis financiera internacional de los últimos 70 años, misma que ya arrastró a

la economía real del mundo a una profunda recesión, cuya duración podría extenderse a 2010 o incluso más allá. No han sido pocos los que ven tal crisis como la prueba de que las profecías decimonónicas de Karl Marx sobre el fin del capitalismo eran acertadas. Para la mayoría de los economistas y políticos, esta caída de un sistema, cuya característica central ha sido la de crecer sostenidamente por largo tiempo, con ciclos de auge y contracciones, es el indicador más claro de que hacen falta cambios estructurales dentro del mismo, para que se adapte a las transformaciones de un mundo poblado por más de 6.5 mil millones de seres humanos y llevado a los límites del agotamiento ecológico, y esos cambios sólo podrán ser propiciados por los gobiernos, que no por los mercados, mediante acciones premeditadas y concertadas entre varios de ellos.

El actual G-20, formado por los ministros o equivalentes de finanzas y por los gobernadores de los bancos centrales de los países miembro, tiene como antecesor al G-22 o "grupo Willard", surgido en noviembre de 1997 de otra cumbre y

de otro foro internacional: el de Cooperación Económica en Asia Pacífico (APEC) que, ante la crisis financiera asiática iniciada a mediados de ese año, planteó la necesidad política de reforzar el FMI —en vez de la creación de un fondo asiático, como proponían algunos acelerados dirigentes asiáticos— con un grupo informal de miembros poderosos, por la suma de sus cuotas y de sus votos dentro de esa institución, para que desde el FMI, y de manera complementaria del Banco Mundial, solucionaran el problema de la volatilidad cambiaria y la huida de capitales de Asia oriental.

En 1999, esta agrupación informal se amplió a 33 miembros, número poco práctico en la época de vaivenes financieros posteriores a la crisis asiática, como la quiebra de la empresa estadounidense Long-Term Capital Management y los efectos vodka y caipiríña, resultado de las crisis de liquidez rusa y brasileña.

En la cumbre de las siete mayores economías celebrada en Colonia, Alemania, en junio de 1999, se planteó una idea más funcional: reducir la plataforma de cabildeo multinacional a 20 actores, o 19 países y la Unión Europea (UE), representada ésta por la presidencia rotativa del Consejo y por el Banco Central Europeo (BCE). La aritmética jubilosa nos dice que esas economías juntas suman 90% del PIB mundial, 80% del comercio, incluido el intraeuropeo, y dos tercios de la población; la función que los gobiernos le encomendaron al nuevo grupo fue "contribuir al fortalecimiento de la arquitectura financiera internacional y proporcionar oportunidades para el diálogo sobre políticas nacionales, cooperación internacional e instituciones financieras internacionales", contribuyendo con ello "a apoyar el crecimiento y el desarrollo en todo el mundo".

Entre diciembre de 1999 y noviembre de 2006, el G-20 efectuó ocho encuentros de ministros de finanzas y banqueros centrales en varias ciudades de los países integrantes del grupo, entre ellas Morelia, sede de la quinta sesión en octubre de 2003. Salvo la primera reunión (1999) en Berlín, y la tercera de noviembre de 2001, en Ottawa, poco después de los ataques terroristas a EU, que provocaron ansiedad financiera mundial, los demás cónclaves tuvieron un signo festivo, porque la economía mundial crecía sin choques financieros, y en todo caso se proponían algunas previsiones para palear los incrementos de precios de las materias primas estratégicas y el petróleo, y reiterados llamados para que se destrabaran las negociaciones de la Ronda Doha de la OMC.

Las últimas dos reuniones del G-20 —en Sudáfrica y São Paulo—, en cambio, tuvieron lugar cuando la inesperada crisis estadounidense de las hipotecas subóptimas se esparcía por el mundo y contaminaba la economía real. De ahí que el grupo convocara a su primera reunión cumbre en noviembre de 2008, para delinear políticas anticrisis desde una posición de poder, y en ella se fijaron metas inmediatas de acción que serían sometidas a revisión en una segunda cumbre, la del 31 de marzo de 2009. A prueba están tanto el carisma de Obama, ante el descontento popular global, como el sistema capitalista mismo. Queda por analizar la orientación política que haya surgido del encuentro cimero de Londres.

*Profesor e investigador del CIDE*

